

DEJA QUE TE CUENTE

Tour de force, 20

Shirley Jackson

Deja que te cuente
Cuentos inéditos, ensayos
y otros escritos

Traducción de Paula Kuffer

Prefacio de Ruth Franklin

editorial  minúscula
BARCELONA

Título original: *Let Me Tell You. New Stories, Essays, and Other Writings*

This translation is published by arrangement with Random House, a division of Penguin Random House LLC.

Ilustraciones, citas y textos inéditos de Shirley Jackson: copyright © 2015 by Laurence Jackson Hyman, J. S. Holly, Sarah Hyman DeWitt, and Barry Hyman

Nota biográfica, compilación y posfacio: copyright © 2015 by Penguin Random House LLC

Prefacio: copyright © 2015 by Ruth Franklin

© de la traducción: 2018 Paula Kuffer

Revisión: Marta Hernández Pibernat

© 2018 Editorial Minúscula, S. L.

Sociedad unipersonal

Av. República Argentina, 163 - 08023 Barcelona

minuscula@editorialminuscula.com

www.editorialminuscula.com

Primera edición: abril de 2018

Diseño gráfico: Pepe Far

Imagen de la cubierta: (c) [iStock.com/timnewman](https://www.istock.com/timnewman)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona

Impresión: Romanyà Valls

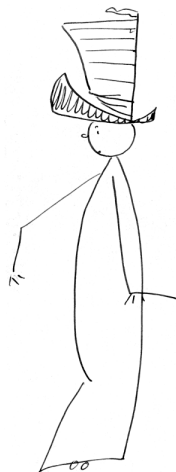
ISBN: 978-84-948348-2-0

Depósito legal: B-7.214-2018

Printed in Spain

*A los nietos y biznietos de Shirley Hardie Jackson
y Stanley Edgar Hyman:*

*Miles Biggs Hyman, Gretchen Anne Cardinal Hyman, Shiloh
Alexis Webster Elias, Maxwell Dervin Schnurer, Bodie Jackson
Hyman, Millie Noyes Stephenson, Ethan Lazarus Webster Elias,
Rubin Santiago Elias, Jamilah Sophia Parker, Nathaniel Nicholas
Jackson Hyman, Juliette Maï Theresa Hyman, Charlotte Rose
Josepha Corinne Hyman, Eliot Augustin Stanley Hyman, Rowan
Newbold Stephenson, Freya Helen Stephenson, Indie Sphere
Hyman, Sophie Joy Hyman y Thomas Achita Hyman.*



Margaret presencié sola su primera quema de brujas. Llevaba su nuevo gorro azul y el chal de su hermana, y estuvo allí sola, esperando. Hacía rato que había desistido de intentar encontrar a su hermana y su cuñado entre la multitud, y ahora se alegraba de estar sola mirando. Sintió un temor muy agradable y una auténtica excitación ante las llamas; había vivido toda la vida en el campo y ahora, viviendo con su hermana en la ciudad, estaba aprendiendo las costumbres sociales.

SHIRLEY JACKSON

Shirley Jackson

Shirley Jackson, a quien el cuento «La lotería» situó sin dejar lugar a dudas entre los maestros del relato en Estados Unidos, nació en San Francisco el 14 de diciembre de 1916. Creció en el próspero barrio residencial de Burlingame (California), una comunidad cuyos prejuicios y crueldad Jackson atacó en su primera novela, *The Road Through the Wall* (El camino a través del muro, 1948). Después de graduarse en la Universidad de Syracuse en 1940, se casó con su compañero de estudios (y futuro crítico literario) Stanley Edgar Hyman, con quien se estableció en la ciudad de Nueva York. En 1945 Hyman se incorporó como profesor al Bennington College, y la pareja se trasladó a North Bennington (Vermont) con su familia, que iba en aumento. Jackson hizo una crónica ingeniosa de las alegrías y dificultades de criar a cuatro niños parlanchines y revoltosos en *Life among the Savages* (La vida entre salvajes, 1953) y *Raising Demons* (Criando demonios, 1957), dos obras que la sitúan en primera fila entre los humoristas estadounidenses contemporáneos.

«Encuentro [la escritura] relajante —comentó Jackson una vez—. Ver crecer una historia es una delicia; es tan profundamente satisfactorio como tener una racha ganadora en el póquer.» El primer cuento suyo que vio la luz en una publicación de ámbito estatal fue «My Life with R. H. Macy» (Mi vida con R. H. Macy), que apareció en *The New Republic* en 1941. El re-

lato más famoso de Jackson, «La lotería», se publicó en *The New Yorker* el 26 de junio de 1948. El cuento provocó una reacción sin precedentes de los lectores; la mayoría se sintieron traicionados por su inesperado y espantoso final. «Me han asegurado una y otra vez que si fuera la única historia que hubiera escrito o publicado, habría gente que no olvidaría mi nombre —reconoció Jackson—. De las trescientas cartas extrañas que recibí ese verano, solo hubo trece que me hablaran amablemente, y la mayoría eran de amigos. Incluso mi madre me riñó.» Su primer libro de relatos de ficción, *The Lottery; or, The Adventures of James Harris* (La lotería, o las aventuras de James Harris), salió en 1949. En el libro infantil *The Witchcraft of Salem Village* (La brujería del pueblo de Salem, 1956) intentó explicar en términos sencillos la aparente locura que arrastró a Salem en el siglo XVII.

La reputación de Jackson como talento literario se vio aumentada con una sucesión de novelas góticas. *Hangsaman* (1951) habla de un adolescente tímido y sensible que escapa a la opresión de los padres reclusándose en un mundo fantástico de pesadilla. *The Bird's Nest* (El nido, 1954), un *thriller* psicológico sobre una mujer con múltiples personalidades, se convirtió en la película de 1957 *Lizzie*. En *The Sundial* (El reloj de sol, 1958), Jackson presentó una novela satírica y apocalíptica sobre un grupo de personas que esperan el Armagedón en una apartada finca campestre. *La maldición de Hill House* (1959), una espeluznante historia de fantasmas celebrada por Stephen King como una de las mejores novelas de terror de todos los tiempos, fue finalista del National Book Award. *Siempre hemos vivido en el castillo* (1962) es la historia macabra de dos hermanas condenadas al ostracismo por una comunidad a causa del presunto asesinato del resto de la familia. «Jackson dominaba con maestría la complejidad de los estados de ánimo, sabía explorar con ironía el oscuro y conflictivo despotismo oculto en la mente y el alma», observó el crítico literario del *New York Times* Eliot Fremont-Smith.

Shirley Jackson murió repentinamente de insuficiencia cardíaca el 8 de agosto de 1965. Stanley Edgar Hyman editó dos antologías de su obra, *The Magic of Shirley Jackson* (La magia de Shirley Jackson, 1966) y *Come Along with Me* (Ven conmigo, 1968). *Just an Ordinary Day* (Solo un día como otro), un volumen de relatos inéditos de Jackson, apareció en 1997. «Todo lo que escribió esta autora [...] tiene la dignidad y verosimilitud del mito —dijo *The New York Times Book Review*—. Shirley Jackson conocía mejor que cualquier otro escritor, desde Hawthorne, el valor de las cosas embrujadas.»

«Creo que la conozco»

Ruth Franklin

En 1966, Stanley Edgar Hyman recibió una carta en la que le preguntaban si estaba dispuesto a ceder sus «manuscritos literarios y papeles personales» a la Biblioteca del Congreso. En esa época, Hyman era uno de los críticos más destacados de Estados Unidos: escritor de *The New Yorker* de toda la vida, antiguo jefe de la sección de crítica literaria de la revista de opinión *The New Leader*, autor de varios trabajos académicos de gran erudición. Además, la carta mencionaba que la Biblioteca también estaba interesada en los papeles de la que fuera esposa de Hyman, la escritora Shirley Jackson, que había muerto repentinamente el año anterior a la edad de cuarenta y ocho años.

Cómo cambia el gusto. Hoy en día el trabajo riguroso y perspicaz de Hyman hace mucho que (injustamente) ha caído en el olvido, y sus libros, que en el pasado fueron objeto de admiración, están descatalogados desde hace décadas. La estrella de Jackson, mientras tanto, asciende incesantemente. En el momento de su muerte, no era una desconocida: era autora de seis novelas terminadas, dos libros de memorias y docenas de cuentos publicados, entre los que se incluye, por supuesto, «La lotería», que se convirtió en un clásico cuando se publicó en 1948 en *The New Yorker* y sigue siendo uno de los pilares de la ficción estadounidense de mediados del siglo pasado. También daba conferencias en el circuito universitario y literario, como en *Bred Loaf*, y era una asidua colaboradora de *The Saturday Evening Post* y otras revistas ilustradas. Aun así —quizá en parte por su encanto popular y su frecuente aparición en las revistas femeninas más que en las instituciones intelectuales prominentes de la época—, del trabajo de Jackson, a diferencia del de su marido, nunca se pensó que

fuera una parte esencial de la historia de la literatura norteamericana que era importante conservar. Eso también iba a cambiar.

Los archivos de Shirley Jackson que se conservan en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca del Congreso están formados por más de cincuenta cajas. (El archivo de Hyman, que se estableció poco después de su muerte, en 1970, ahora está guardado en el almacén.) Como muchos otros pensadores creativos, Jackson se mueve muy bien en el caos, y sus carpetas imitan su escritorio abigarrado: dibujos a lápiz y acuarelas; los menús, que organizaba con gran meticulosidad, y la agenda de citas; las postales, recortes de revistas y otras fuentes visuales de inspiración; las diversas versiones de novelas y cuentos; notas sueltas de sueños y entradas de diario, a menudo perdidas entre las páginas de cualquier cosa en la que estuviera trabajando en ese momento; incluso la lista de la compra de Navidad («dos kilos de ternera, doce chuletas de cordero, arroz de cocción rápida, piña, pan francés, Pouilly-Fuissé»). En la conferencia «Cómo escribo», publicada aquí, Jackson dice que la «despensa» que alberga en su mente, con «cientos de pequeños artículos» e ideas que algún día podría llegar a usar en su obra de ficción, «debe de ser muy parecida a los cajones de mi escritorio, que contienen todo tipo de cosas que estoy segura que voy a necesitar algún día». En el estadio preliminar del proceso de escritura, continúa, le gusta tener «blocs de notas y lápices por toda la casa», porque, comenta, si se le ocurre una idea mientras está haciendo una cosa, «corro hasta el papel y el lápiz más cercanos y la escribo dirigiéndome con frecuencia a mí misma, en mi dialecto taquigráfico propio». Muchos de esos garabatos también sobreviven, como anotaciones crípticas que asombran al investigador: «Grock - pantomima / *pathos* / *ex tempore*... Harpo Marx, Chaplin.» Cuando encontré esta nota hace algunos años, me pareció indescifrable, pero ahora revela ser parte del proceso de escritura de «Payasos», publicado en *Vogue* en mayo de 1949 e incluido aquí.

Más importante todavía es que los archivos de Jackson contienen una cantidad increíble de material inédito, la mayor

parte del cual está mecanografiada pulcramente en papel de copia amarillo. Esos escritos incluyen fragmentos de una página o menos, o trabajos acabados pero sin publicar mientras vivió. Hace casi dos décadas, dos de los hijos de Jackson, Laurence Jackson Hyman y Sarah Hyman DeWitt, reunieron cincuenta y cuatro cuentos en *Solo un día como otro*, donde había potentes obras de ficción literaria, como «The Possibility of Evil» (La posibilidad del mal), junto a otras historias más ligeras y crónicas familiares de tono humorístico, muy apreciadas entre los lectores de la revista femenina de su madre. Ahora *Deja que te cuente* presenta la obra de Jackson desde una perspectiva más profunda y plural. Algunas de estas historias se han publicado recientemente en *The New Yorker* y otras revistas; otras no han vuelto a ver la luz desde su aparición en los años 1940 o 1950, y otras no se habían publicado nunca.

Aquí puede encontrarse un breve comentario sobre los diversos modos de escritura de Jackson. Ella misma distinguía entre su ficción seria y la menos compleja, obras alegres que le encargaban sus editores en *McCall's*, *Collier's* y otras revistas de papel cuché. «A mil pavos el cuento, no puedo permitirme transformar la ficción popular de hoy en día», le respondía a su madre cuando esta decía que algunas de esas historias no mostraban el nivel habitual de Jackson. Vale la pena que recordemos que estamos hablando de una época en que las revistas femeninas (así como las masculinas) publicaban obras de ficción importantes: las lectoras de *Mademoiselle* podían encontrar una historia de Jackson en un número, y en el siguiente, cuentos de Truman Capote o Jean Stafford. Muchos de los relatos de Jackson difuminan la línea entre lo literario y lo popular: uno de los que aquí se presentan, «La mentira», que trata sobre una mujer que se siente culpable por haber traicionado a una antigua compañera de clase, fue considerado para su publicación tanto por *The New Yorker* como por *Good Housekeeping*. Jackson también tenía un gran don para escribir crónicas cariñosas y divertidas sobre la

vida con niños, que en esta antología se puede ver en relatos como «De boca de los niños», en que los hijos cuentan chismes familiares sin darse cuenta («Deberías haber oído a mamá cuando el coche no arrancaba»). Mucho antes que *No os comáis las margaritas*, de Jean Kerr, o *At Wit's End*, de Erma Bombeck, Jackson ya había inventado, en esencia, lo que hoy en día, en su forma moderna, se conoce como «blogs de madres». Su perspectiva sobre los niños, empática y abierta de miras, y su imaginación son evidentes en el homenaje al Dr. Seuss, en el que Jackson se queja de su frustración cuando un editor la invita a participar en una serie de libros para niños y le muestra una lista con las palabras «apropiadas»: «“adquirir” y “gastar” estaban en la lista, pero no “desear”; “costar” y “comprar” y “centavos” y “peniques” estaban en la lista, pero no “magia”... Sentí que estaban robando a los niños para quienes debía escribir, que los estaban persuadiendo para que aceptaran monedas de cinco y diez centavos en lugar de deseos mágicos.» Jackson encontró la fórmula: escribió un libro titulado *9 Magic Wishes* (Nueve deseos mágicos).

Jackson escribió muchas de las historias de *Deja que te cuente* durante los primeros años de su carrera, un período de una productividad impresionante y de perseverancia inspiradora. En 1943 y 1944 publicó una docena de cuentos en *The New Yorker*, un logro sorprendente para una escritora emergente; aunque por cada relato que aceptaban los editores, rechazaban dos o tres. A pesar de que las negativas duelen, Jackson mantenía la confianza en su trabajo: una parte de las obras aquí reunidas, incluidas «Recuerdo del pasado», «*Gaudeamus igitur*» y las historias de la guerra, están entre las elegidas para una antología de cuentos que intentó vender a mediados de 1940. Más adelante dio con el principio organizador para un libro de relatos breves de ficción, que apareció como *La lotería. Aventuras del amante diablo* (1949), aunque algunas de las historias quedaron fuera. Pero Jackson nunca las abandonó del todo: después del

gran éxito de *La maldición de Hill House* en 1959, su agente desempolvó algunas de las que tenía en el cajón y las vendió.

No nos sorprende que no pocas de las historias tempranas de Jackson se ocupen de la Segunda Guerra Mundial. Al igual que el marido de «No-Ap», Hyman fue declarado no apto físicamente para el ejército, por ser corto de vista (le gustaba bromear con que el médico del ejército le había dicho que tenía los órganos de un cuarentón). Pero algunos de los maridos de sus amigas sí sirvieron en el ejército, y Jackson seguía las noticias de la guerra muy de cerca. En tanto que gentil casada con un judío, era muy consciente de que si ella y Hyman hubieran estado viviendo en Europa, toda la familia —su primer hijo, Laurence, nació en 1942— habría acabado en un campo de concentración. (Puede verse algo de la aversión de los padres de Jackson a su casamiento con un judío en «No puedo cantar las viejas canciones», relato en el que los padres de una chica condenan su voluntad de casarse con un hombre al que ellos no aprueban.) Jackson también envió ropa y comida a una estudiante de intercambio de quien se había hecho amiga en la universidad, que fue a parar a una prisión de París por colaborar con la Resistencia francesa. Además, la guerra aparece en estas historias como telón de fondo de los dramas humanos: las esposas (las fieles y las no tan fieles) a las que dejan atrás, los niños que se asustan ante la reaparición súbita del padre. En «Tan alto como el cielo», la madre examina a las niñas mientras están sentadas en el sofá «solo con la lámpara de mesa encendida detrás de ellas, con la luz rozándoles suavemente la parte superior de la cabeza y el jarrón de flores detrás del hombro de Sandra», ansiosa por que el cuadro viviente de una familia modelo reciba al padre. «Volver a casa» destaca la anticipación de una mujer ante el retorno de su marido y los placeres que encuentra en las imprescindibles labores de la casa: «Esta es la parte de la casa que él nunca ve, la que nadie conoce», reflexiona ante el armario abierto de la ropa de cama: «Las mujeres que tienen un hogar viven muy cerca de lo esencial: pan, jabón y botones.»

Jackson, a su vez, se considera a sí misma al menos como un ama de casa a media jornada, y la vida de una casa —qué se necesita para formar y mantener un hogar, qué sucede cuando se destruye— cobra importancia en todas sus novelas. («Me encantan las casas» es la frase con la que empieza «Los fantasmas de Loiret», un guiño humorístico a la búsqueda de Jackson en la vida real de una casa encantada que pudiera usar para la casa Hill.) Pero el armario de ropa de cama ordenada es más una fantasía que una realidad a la que ella intentara ajustarse. La mayoría de las veces, el perfeccionismo en las labores del hogar es un signo de que algo marcha mal. En «La señora Spencer y los Oberon», la señora Spencer, cuya cocina «estaba inmaculada, la preparación de la cena era invisible», es muy desagradable, mientras que la desbordante hospitalidad de los extravagantes Oberon, que la señora Spencer no es capaz de apreciar, es una señal de comodidad y alegría. Tal y como puede verse en la obra de no ficción que aquí se recoge, Jackson no tenía ninguna intención de mostrarse como un ama de casa intachable, «arreglada y bien dispuesta»; a diferencia de sus vecinas, se encontraba inevitablemente, como en «Aquí estoy lavando los platos otra vez», con el fregadero lleno, inventando historias para poder soportar la tarea. Los lectores atentos de «La lotería» —el cuento de Jackson sobre una lapidación convertida en ritual en un pueblo común y corriente, escrito en la misma época que ese ensayo— recordarán que uno de los personajes principales llega tarde a la reunión porque estaba acabando de lavar los platos. Otro eco de «La lotería», y de su advertencia sobre los peligros del conformismo, aparece en el insólito escenario de «¡Mamá, por favor!», una obra humorística sobre la educación de una preadolescente. En manos de Jackson, la clásica queja de los adolescentes —«todos los demás pueden»— se convierte en un signo alarmante de pensamiento gregario: incluso escribir la frase «todos los demás», confiesa, hace que sienta «un escalofrío recorriéndome la espalda».

Uno de los capítulos más destacados de esta antología, en particular para los aspirantes a escritor, es el de las lecciones sobre creación, en las que Jackson, a través de anécdotas y el análisis de su propio trabajo, comparte consejos concisos y específicos sobre el arte de la ficción. A pesar de la heterogeneidad de sus temas, el estilo de Jackson se mantuvo firme desde sus primeras historias hasta sus últimas novelas. Uno de sus sellos distintivos es su inquietante habilidad para encontrar el detalle expresivo, lo que ella denomina, en la conferencia «El ajo en la ficción», el énfasis, que, cuando se usa «con moderación y con gran cuidado», da un acento especial a ciertos momentos de la historia. En «Las Noches de Arabia», el modo en que una pareja coge los cócteles y los vuelve a dejar nos dice todo lo que debemos saber sobre su matrimonio; en «Paranoia», el sombrero claro que lleva el hombre que sigue al señor Beresford adquiere un poder maléfico particular. Jackson explica que logró que Eleanor, la protagonista de la casa Hill, adquiriera credibilidad a partir de la superposición cuidadosa de símbolos —la casa con el gato blanco en el escalón, la pequeña que insiste en beber de una taza pintada con estrellas— para elidir la transición desde «el entorno razonable de la ciudad hasta la atmósfera algo menos verosímil de la casa encantada» («Esto fue difícil», admite). En «Memoria y delirio» destaca que la inteligencia del escritor debe estar alerta constantemente: «No soporto a la gente que cree que empiezas a escribir cuando te sientas al escritorio y coges la pluma y terminas de escribir cuando dejas la pluma; un escritor siempre está escribiendo, viéndolo todo a través de un delgado velo de palabras, añadiendo descripciones rápidas a todo lo que ve, siempre atento.» Para el escritor, «todo son párrafos en potencia», pero su valor emocional todavía está por determinar. Cuando un cuenco de porcelana verde se cae de pronto del piano durante una partida de bridge, Jackson guarda en la memoria la imagen de los pedazos dispersos, a la espera de que llegue el momento oportuno para usarla: como un símbolo de destrucción («puedo recordar la for-

ma en que los pequeños pedazos del cuenco se quedaron allí, tan quietos después de haber formado parte de un todo durante tanto tiempo»), o como imagen de un *shock* repentino, o para representar la pérdida de una posesión preciada. Esta imagen aparecería, con otra forma, en *Siempre hemos vivido en el castillo*, su última novela acabada, cuando uno de los personajes descubre el azucarero, una reliquia familiar, un símbolo importante, hecho trizas.

Deja que te cuente contiene más de una Shirley Jackson. Cuentos enigmáticos como «Las seis de la mañana es la hora» (sobre una partida de póquer en la que juegan dioses nórdicos que se apuestan la Tierra) y «Boletín» (una descripción de ciencia ficción que muestra cómo entenderán en el futuro la vida de 1950) pueden sorprender a aquellos lectores que esperen más ficción de suspense al estilo de la kafkiana «Paranoia». Algunas de las obras son versiones alternativas de material ya publicado. «Invitados a cenar», en la que un hombre llega a casa, pero por error se mete en una equivocada, anticipa la vuelta de tuerca que Jackson daría a un tema similar en «The Beautiful Stranger» (El apuesto desconocido), y también en «Vida tranquila entre té y estudiantes» y «Tesoros familiares», que son variaciones de escenas que desarrolló de otro modo en *Hangsaman*, su segunda novela. Una ausencia notable en este volumen es su interés por lo sobrenatural, que caracteriza una gran parte de su trabajo: aquí no hay nada como «El amante demoníaco», su versión de la leyenda de James Harris, en la cual una mujer es abandonada por su prometido, que no sabemos si existe o no. Solo «El hombre del bosque», una fábula que incorpora distintas líneas mitológicas, presenta un tono similar.

Como biógrafa, la pregunta constante que me viene a la mente es cuál de ellas es Shirley Jackson —como en una de las obras aquí incluidas: «Mi verdadero yo»—. Esta recopilación ofrece multitud de posibilidades. ¿La profesional ante el atril que comparte consejos personales con su audiencia embelesada? ¿El ama de casa que le dedica un himno a su tenedor? ¿La madre que se

ría de la idiosincrasia de sus hijos incluso si censura su mal comportamiento? ¿La aficionada que enumera cándidamente su colección de curiosidades («tengo una bola de cristal y una baraja de cartas del tarot y un montón de tikis y once monedas de porcelana de Siam y un libro de Ludovico Sinistrari que clasifica todos los demonios») y escribe medio en broma sobre cavar en busca de mandrágora en el patio? ¿La madre comprometida que idea y hace con todo el cariño una obra de teatro para sus hijos en el colegio, o la semirreclusa que en un momento confiesa «me parece que no me gusta mucho la realidad»? En uno de sus primeros diarios, Jackson se refirió en una ocasión a «este compuesto de criaturas a las que llamo yo». Sin duda, todas ellas son una, lo cual constituye el misterio fundamental de cualquier personalidad.

Al final, regreso a la imagen mental de Jackson que he ido construyendo a lo largo de estos años en los que he estado estudiando sus papeles. Me la imagino en su escritorio abigarrado, con la superficie llena de los chismes de siempre: una o dos postales viejas, borradores de tres historias distintas, una carta inacabada. Quizá solo tuviera unos minutos, quizá los niños estuvieran a punto de volver del colegio, o su marido fuera a llamarla desde el despacho para preguntarle su opinión sobre algo, o tuviera que empezar a preparar la cena. Con gesto ausente, se saca una nota del bolsillo del vestido y la examina. Luego coloca un papel amarillo en su máquina Royal y empieza a escribir.

Ruth Franklin es crítica de libros y autora de *A Thousand Darknenses: Lies and Truth in Holocaust Fiction*, que fue finalista del premio Sami Rohr de literatura judía en 2012. Ha escrito para muchos medios, entre los que se cuentan *The New Republic*, *The New Yorker*, *The New Yorker Review of Books*, *The New York Times Magazine*, *Bookforum* y *Granta*. Acaba de publicar una biografía de Shirley Jackson.